

## INTRODUCCIÓN

# TEORÍA PRÁCTICA DE LA PERSONA

En este fin de milenio cansado de tantas cosas la persona no ha dejado de despertar interés<sup>1</sup>. Su indescifrable misterio sigue retando al pensar a continuar el combate que entabla desde hace tiempo con un enigma aún en sombras para tratar de aclararlo. La persona es una fuente de imperecedero asombro. Nunca se entienden del todo sus íntimos entresijos. Siempre cabrá alumbrar más su arcana profundidad. Feliz pasmo reiterado y caudal de admiración, como ojos de par en par viendo la luz germinar en su venero divino, causa el ser de la persona. Es eterno manantial de maravilla y sorpresa. Su desafío sigue en pie cuando el pensar posmoderno y su conciencia de cierre anuncian como un estruendo que todo se ha derrumbado. No se ha derrumbado nada, ni esto es el fin de la historia ni ya no hay metarrelatos. Ahí sigue la realidad como filón a la espera de mineros que arrebaten el oro a los yacimientos. Ahí siguen firmes el bien, la verdad y la belleza irradiando rayos nuevos y sordos al paso del tiempo, esperando que lo encarnen, que la amen, que la canten. Y ahí sigue, sobre todo, desafiante la persona como tañer que llamándonos nos convoca a indagarla.

La llamada, sin demora, que nos hace la persona es antigua e inmemorial. Nos invita, desde siempre, a descubrir las razones de su grandeza de cima con la que nada en el mundo se puede parangonar, como belleza de cielo ante la que se arrodilla vergonzosa la del arte, para honrar su dignidad con un respeto más grande que el del marino a los mares. Pero hoy suena más dolida. Hoy tiene un aire de queja, de queja de desconsuelo por los agravios sufridos, con la que quiere movernos a seguir como hasta ahora usando la inteligencia para demostrar su altura, y a poner el corazón cuando haya que defenderla. Hasta hace muy poco tiempo sólo nombrar la persona provocaba en el oyente una actitud de respeto

1. Cfr. I. FALGUERAS, *Hombre y destino*, EUNSA, Pamplona 1998. También L. POLO, *Antropología trascendental*, I, EUNSA, Pamplona 1999 y *La persona humana y su crecimiento*, 2.<sup>a</sup> ed., EUNSA, Pamplona 1999.

como la de un grupo en corro oyendo en silencio a un viejo. Hasta el aire que acogía ese *nomen dignitatis* retumbaba de fervor. Ser persona era un honor que el ser humano tenía. Era el emblema del hombre, su título de nobleza, la garantía de su fuero totalmente improfanable, un escudo protector como muralla invisible contra extrañas violaciones. «El empeño intelectual en aclarar el concepto de persona parecía ser hasta ahora un interés más bien teórico-académico»<sup>2</sup>. En una situación así bastaba la teoría. Sólo había que demostrar con razones como postes y porqués como cimientos la excelencia sin reservas que de manera espontánea ya se le reconocía. Con una entrega de amante que no busca recompensa emprendieron la tarea ciertos profundos filósofos que vieron en la persona a un ser que rebasa el mundo. Ahondando con el pensar en las entrañas del hombre descubrieron poco a poco su condición personal, su novedad singular totalmente irrepetible sin copia ni parangón en todo lo ancho del tiempo, y después nos lo anunciaron como emisarios que siembran.

Hoy resulta insuficiente el mero estudio teórico. Naturalmente es preciso seguir sin darse una tregua arrojando claridad con la luz de la razón sobre el ser de la persona. Pero ya no es suficiente el brazo de la teoría. Ahora hacen falta los dos: el teórico y el práctico. Aquél para dar razón de la altura de su origen y su encumbrada nobleza, éste para detener la avalancha de desaires que, a menudo, se le hace. Con razón señala Spaemann que la función que cumplía el concepto de persona se ha invertido últimamente. «El concepto de persona ha empezado súbitamente a desempeñar un papel fundamental en la destrucción de la idea de que los hombres, por el hecho de ser hombres, tengan derechos frente a sus semejantes. No todos los hombres, ni en todas las fases de su vida, ni en cualquier situación de su conciencia, se nos dice, son personas»<sup>3</sup>.

## 2

Ese golpe de timón dado a la idea de persona, semejante al del marino que quisiera corregir el buen rumbo de la nave para llevarla al abismo, ha causado un estropicio de rompimiento con ruido: dividir la humanidad en dos grupos antagónicos — los hombres y las personas — que ni se apoyan, ni se sufren, ni se traigan, ni se aguantan. De estos bandos desiguales sólo el de primera clase, o sea, el de las personas, es titular de derechos. Frente a él, el de los hombres, en su nueva condición de minucia sin valor, o al menos sin más valor que el chinche, la garrapata u otra especie biológica, es material disponible que se usa sin miramientos según sean las circunstancias. Si antes «persona» era un manto de cobi-

2. R. SPAEMANN, *Personen. Versuche über den Unterschied zwischen «etwas» und «jemand»*, Klett-Cotta, Stuttgart 1996, p. 10.

3. *Ibid.*

jo universal que cubría a todos los hombres sin salvedad ni distingo y dábales dignidad como fuente de derechos, ahora es un serio peligro. Los hombres que queden fuera de ese amparo como escudo — locos, viejos con el mal que causa el transcurrir de los años, enfermos sin esperanza inconscientes e insensibles en el umbral de la muerte, niños para siempre niños con el síndrome de Down, no nacidos y dormidos— deben echarse a temblar. No a temblar como metáfora, ese temblar de ventanas que el viento causa en la mar, sino a temblar de verdad.

Yo retiemblo cuando oigo decir fríamente a Engelhardt que no está justificado gastar el dinero en niños con el síndrome de Down que podríamos emplear en salvar a otras especies en peligro de extinción. Yo retiemblo cuando Singer, un hombre tan delicado como un primor en el fango, piensa en los derechos que tienen los animales y dice que el infanticidio —y el aborto no digamos— no es una acción criminal, pues los niños muy pequeños, a los que nos suele unir una emoción de ternura totalmente irracional, no son todavía personas. Les falta algo imprescindible: conciencia del propio yo. Yo retiemblo cuando Parfit, que lleva hasta el desvarío la idea de que la persona es el hombre con conciencia, dice que un hombre dormido o que ha sufrido un mareo es tan sólo un ejemplar de una especie biológica lo mismo que las demás, pues dormido o mareado carece del atributo sin el que nadie es persona, y ninguna fechoría cometería el que impidiera que volviera a despertar. Ser un hombre, todo un hombre, es un gran desvalimiento, como completa orfandad. Hasta aquí llega el peligro que a los hombres ha traído la nueva idea de persona.

Ante este hostil panorama de acoso sin tregua al hombre, como una beligerancia de reiterados desaires, se han adoptado actitudes de resistencia y ataque. H. Lübbe recomienda una postura de aguante. Cuando el hombre y la persona se sitúen frente a frente como bandos enemigos, haciendo tambalearse los valores culturales de respeto inviolable al menor vislumbre humano, recomienda levantar barricadas en el alma para no rendirse al pasmo. Resistencia al estupor (*Verblüffungsresistenz*), como freno para el susto que causa ensalzar lo inicuo, es la estrategia que Lübbe recomienda para el caso. Férrea coraza de bronce y dura callosidad que convierta al corazón en una insensible piedra, y apatía como corteza que aísle del exterior, hay sin duda que tener para escuchar lo inaudito sin sentir escalofríos. Pero no basta con eso. Cuando evidencias de luz se rechazan como engendros, hay que descubrir razones para lo que no hace falta. (Es una inmoralidad precisar una razón para oponerse con rabia al holocausto judío, y es otra inmoralidad, como inmundicia en el alma, necesitar argumentos para otorgar a unos hombres la condición de persona y privar de ella a otros).

Más intrépida que Lübbe, Elisabeth Anscombe dice que si alguien en su presencia habla alto de la persona, le dan ganas de sacar de la funda una pistola. Como atisbo de amenaza hay que sentir la persona para acudir a las armas por el hecho de nombrarla. Terrible amenaza es, como la intimidación de un puñal en la garganta, cuando «persona» designa un privilegio especial que unos tienen y

otros no. Si sólo unos pocos hombres, los completos, como muestras sin imperfección ni tara, son realmente personas con derechos inviolables, y los demás sólo miembros de una especie biológica sin un valor especial ni dignidad ni derechos, yo haría lo mismo que Anscombe: sacaría una pistola por temor a que unos jueces de amañados veredictos me excluyeran de la clase de las personas humanas cuando esté desprevenido (cuando duerma o me maree o haya perdido el sentido) y me traten como a tigres, elefantes o ballenas. (Eso si tengo la suerte de que ninguno de ellos se halle en vías de extinción).

## 3

Para evitar que «persona» siga siendo una amenaza, que es algo así como dar poder mortal a los pétalos inermes en la corola, no basta con levantar muros contra el estupor ni con sacar la pistola. Elevar a la persona al rango que le corresponde y recuperar su fuero hace algún tiempo perdido, exige al menos dos cosas: pensarla como es debido y empeñarse en defenderla y dar la cara por ella cuando se encuentre en peligro. Ese elevado propósito como cúspide que invita es el que persigue Spaemann. Para lograrlo propone una teoría práctica. «La teoría de la persona de la que aquí nos ocupamos, no es fenomenológico-filosófica, sino una teoría práctica que quiere cambiar directamente la praxis»<sup>4</sup>.

Una teoría práctica no es una contradicción. Tampoco es extravagancia de quien se cree singular y necesita poner las cosas patas arriba recurriendo a la rareza. Sería ambas cosas a un tiempo, absurda excentricidad, si descuidara un instante la profundidad teórica y se diera por contenta consiguiendo su objetivo de la manera que fuera. Eso sería un pragmatismo de entrega a las conveniencias que la teoría no aguanta. Una teoría práctica es como una doble visión: la teórica que indaga y la práctica que cambia. Las dos tienen que ser plenas, como el resplandor del sol en el vértice del cielo, para cumplir la tarea de hallar la unidad perdida entre el hombre y la persona. Pensamiento de dos filos se requiere para ello. Con el primero se corta la espesura de la sombra que rodea a la persona para verla sin obstáculos. Con el segundo se aboga por su dignidad de cúpula y se defiende de ofensas. Con uno se pone en claro su intimidad de excepción que se abre con cortesía hacia dentro y hacia fuera, como voz de doble eco: el que resuena a lo lejos y el que trona en lo interior. Con otro se reivindica que cualquier hombre es persona, sin que para ello deba cumplir ningún requisito, con un valor no venal como insobornable amor que no se rinde al dinero. Con el uno se conoce el alto ser personal, como alcor que sobresale, y con el otro se cambia una praxis perniciosa.

4. *Ibid.*, p. 257. Ed. española, p. 231.

Una tarea ineludible, como encargo que se jura, se ha de cumplir sin demora: mostrar con la claridad de una razón como luz que todo hombre es persona. Un hombre puede perder muchos de los atributos que lo adornaron un día —la inteligencia, el valor, la robustez, la belleza—; ser la sombra de sí mismo como el balbuceo del ebrio es burla de la palabra; recordar muy vagamente al que fuera en otros tiempos; haberse hundido en el pozo de la infamia y la vileza en que el corazón humano se vuelve entraña de fiera (o elevarse como un rezo hasta una altura de astros donde un murmullo de ángeles sofoca el tráfago humano); ser un residuo, una nada, un crepuscular poniente, un ocaso que declina. A un hombre puede faltarle, como a una planta clorótica verdoros de lozanía, ciertas regias cualidades —el habla, el entendimiento, la autonomía, la conciencia— que poseen otros miembros de la especie normalmente constituidos cuando se han desarrollado y alcanzan la madurez; perderlas por algún tiempo o perderlas para siempre o no haber gozado nunca de su poderío de gestas, como la furia enjaulada de un león entre barrotes que le impiden como un veto ser rey de la amplia pradera. Un hombre puede ignorar, por empezar y acabar su existencia fugitiva y breve como un suspiro en el vientre de su madre, el chillón mundo de fuera profuso de maravillas y deslumbrantes bellezas, o haber perdido hace años todo contacto con él, como naufrago apartado por la galerna del tiempo, desde que la enfermedad lo aisló en su propio dolor y lo privó para siempre de la conciencia, el sentido, la emoción, la inteligencia. Un hombre puede perder o ganar lo que se quiera, pero nunca dejará de ser un quién con una grandeza como una sed de infinito, cuyo valor deja en sombras los tesoros de la tierra, es decir, una persona. Que ni un sólo hombre hay que no sea persona humana, cuya hostil separación representa una amenaza, es la meta que persigue una teoría práctica de la persona.

Tenga este hombre unos talentos como opulencia de ingenio y camino a los misterios, que lo eleven por encima del común de los mortales y le permitan hacer obras de supremacía que causen convulso asombro: sonatas de violín como melodías en gracia, ecuaciones matemáticas de sorprendentes incógnitas, bondades jamás oídas que a todos lavan y limpian. Tenga este otro escaso genio y corta capacidad para entender los problemas, y sean sus obras sin brillo como drama sin aplausos, grises, insignificantes, en las que nadie repara. Sea éste, en fin, un deficiente con la inteligencia presa (aunque en su limpia mirada de alma exhibida en el rostro relumbre la dignidad como espejo de inocencia) e incapaz de hacer alardes de los que el mundo valora. Por diferente que sea la magnitud de sus gestas los tres tienen en común la misma naturaleza. Por aquí no se distinguen de manera radical, como a menudo se cree en nuestra cultura ebria de disfrute y producción, cuyo patrón de medida sirve para lo que se tiene, no para lo que se es. Para ver que cada uno es singular y distinto como ejemplo irreplicable hay que fijarse en su ser. Vistos desde lo que son (pues en común tienen todos la misma naturaleza) cada uno es cada uno. Tendrán mucho, poco o nada; sus obras serán magníficas, mediocres o inexistentes, pero el ser de todos ellos es superior a sus obras. Cada hombre es irreductible aunque comparta con otros la misma

naturaleza. Ser único (no solo, sino sin par) es ser persona. «La persona es irreductible»<sup>5</sup>. El ser personal es alguien, es el ser que es cada uno, «es el “quién” o “cada quién”... Nadie es la persona de otro ... las personas coexisten en íntima coherencia con su distinción»<sup>6</sup>. Mostrar esto claramente, con transparencia de espejo no velado por el vaho, como el cielo transparente permite ver las estrellas parpadeando en lo alto, es el fin primordial de la teoría práctica sobre el ser de la persona que ofrece Robert Spaemann.

El buscar un resultado —que todo hombre es persona— no hace de esta teoría un parecer caprichoso como parodia de ideas que si hace falta se mofa del rigor de la verdad con tal de lograr la meta. Una teoría práctica no es ni arbitraria ni absurda ni extravagante ni aérea ni irreal ni caprichosa. Tampoco es un arrebato de una mente apasionada por ardores indulgentes. Ni un pronto voluntarista como la rabia del mar que tras la tormenta pasa. Sería todas esas cosas si negara que la teoría es el capitán que acaudilla, o que dirige el pensar directamente hacia el blanco, y la práctica el soldado. Sin una buena teoría, como mirada de sima avezada en contemplar lo esencial de cada cosa, y oculto en ella a la espera de un talento como luz que ilumine su sigilo, sería miope la práctica. Una teoría práctica, como la que forja Spaemann para atrapar en su red el núcleo de la persona, no renuncia lo más mínimo a la teoría de altura, como la música pura del violín de Arthur Grumiaux no desciende de su cielo porque un preceptor la emplee para educar sentimientos, pero tampoco le agrada encerrarse en un escriñón como alhaja que se exhibe y no sirve para nada, sino que quiere ayudar, prestar servicio, rendir. Quiere que la luz que arroja sirva para caminar, no sólo para arrebatar otro pedazo a la sombra.

## 4

La idea fundamental en la que Spaemann apoya su teoría de la persona se expresa con dos palabras: diferencia interna. Indagar en qué consiste es la tarea que aguarda. Hay diferentes maneras de percatarse de ella, como la huella de un genio que marcó toda una época se percibe dondequiera, pues no es un rasgo accesorio sin apenas importancia, sino propio, cardinal, definitorio, esencial, que permite conceptualizar al hombre como persona. Habrá que fijarse en todas para comprenderlo bien, como sediento de mares que sigue todos los rumbos, aunque todas desembocan en idéntico estuario y ofrecen el mismo hallazgo: la esencia y el ser del hombre se distinguen netamente. «Nadie es pura y simplemente lo que es»<sup>7</sup>. «*Quiénes* somos no se identifica evidentemente con *lo que* somos»<sup>8</sup>.

5. L. POLO, *Antropología trascendental* I, ed. cit., p. 92.

6. *Ibid.*, p. 89.

7. R. SPAEMANN, op. cit., p. 21.

8. *Ibid.*, p. 19.

La primera indicación de la diferencia interna constitutiva del hombre, que abre un abismo entre él y los demás seres del mundo, la proporciona el lenguaje. El lenguaje es como un arca de un saber extraordinario que se va depositando en su subsuelo sin fondo con el transcurso del tiempo. Quien excava en él encuentra, como gemas enterradas, maravillas a la espera de ser desembarazadas de su cortejo de sombras y sacadas a la luz. Spaemann lo ha inspeccionado con la audacia con que el rayo entra a fondo en la tiniebla, y ha advertido con sorpresa vestigios como presagios de la diferencia interna. El sustantivo «persona» tiene un sentido voluble, dependiente del contexto. Por lo general se usa para designar al hombre. Cuando se emplea sin prejuicios, como el mirar de los niños aún limpio de conveniencias, con la palabra «persona» se nombra sin más al hombre. «La mayoría de las veces con personas aludimos a los seres humanos»<sup>9</sup>. «Es una persona triste», «es una mala persona sin piedad en las entrañas», «hacer eso a una persona es tratarla como a un perro», y otras muchas expresiones de la vida cotidiana en que el lenguaje se emplea sin barreras ni artificios, como el habla de los labios en que late el corazón, hablan del ser personal de una manera numérica o, aunque suene a paradoja, de manera impersonal, como hablamos de las piedras para declarar que todas tienen pareja dureza. Este hablar impersonal, que apunta imprecisamente a un «diseño único» que distingue a cada ser, no es un hablar desdeñoso en que las palabras hacen de desagüe del desprecio, sino tácito asentir a esa idea como homenaje que ve en todo ser humano, cualquiera indistintamente, al margen de cuáles sean sus prendas y cualidades (o aunque carezca de ellas), a una persona completa sin mengua, sin menoscabo, sin tacha.

Otras veces el lenguaje, que es ubérrimo de oficios como los rostros de gestos, usa el término «persona» para nombrar «personaje», o sea, figura notable por la valía de sus hechos o actor que inventa el artista en la ficción literaria. Otras para designar el puesto que a cada cual le corresponde en el habla, como cuando mencionamos la primera, la segunda, o la tercera persona para nombrar al que habla, a aquel con el que se habla o aquel del que se habla. Otras, en fin, usamos el sustantivo de forma predicativa, para decir de unos seres, que hemos identificado de una manera precisa por poseer ciertos rasgos, que son personas. Este uso predicativo merece más atención. Al usar «persona» así, o sea, al decir «A es persona», estamos usando el término como *nomen dignitatis* y atribuyéndole un rango más alto que los luceros. Que ese empleo es axiológico, y busca dejar muy claro el valor de la persona, se ve cuando se repara en que «persona» no es una expresión específica ni tampoco un predicado. No hay que derrochar ingenio para entender ambas cosas. Una expresión específica sirve para definir cuál es la índole de algo, su entraña o modo de ser, calificarla fielmente de una manera o de otra, la que convenga a su esencia, y para identificarla. Para nada de eso sirve el sustantivo «persona». Si, vigilante en la vela del mastelero mayor, el gaviero

9. *Ibid.*, p. 13.

siempre alerta observa un cuerpo flotando, aguzará aún más la vista para ver de qué se trata, y preguntará a su experiencia curtida por mil miradas: ¿qué es aquello que se mueve a merced de la corriente? Y, después de aproximarse para verlo más de cerca sin el velo de la niebla, responderá que es un hombre o un tablón o una cuaderna maestra rota por la tempestad u otros restos de un naufragio. Pero no contestará: es una persona humana. Para dar esta respuesta (y para saber si es preciso lanzarse en seguida al agua para rescatar al náufrago o virar a sotavento para evitar el escollo), hay que saber previamente si el objeto que se mece acunado por las olas es una cosa o un hombre. Tras inspeccionar despacio la incierta mole avanzando a la deriva en el agua y ver que es un ser humano, el serviola de mirada como filo de clarines vencerá las reticencias del capitán de la nave, que ve con preocupación acercarse la tormenta y teme que lo sorprenda si no continua su rumbo, con esta frase sencilla, concluyente y persuasiva como una mano tendida: no se debe abandonar a una persona en apuros. Con la claridad de siempre expresa Spaemann la idea: «Es preciso saber ya de antemano si es un hombre o una lámpara para saber si es una persona»<sup>10</sup>. Se puede decir lo mismo de manera más sencilla. Con «persona» no es posible identificar a un ser como un ser determinado, sino decir algo de él (que es alguien irreductible a cualquiera otro del mundo) cuando se ha identificado de una manera precisa, en concreto, como hombre.

El sustantivo «persona» no es tampoco un predicado. Al llamar «persona» a un hombre, o sea, a un ser particular perfectamente identificado como miembro de una especie, no estamos atribuyéndole una cierta cualidad, como cuando le decimos que es alto, listo o moreno, pues ninguna de las cualidades de las que adornan al hombre se llama «ser personal». Pasa todo lo contrario, que en virtud de ciertos rasgos y precisas cualidades, y que en conjunto reciben el nombre de esencia humana, decimos de ciertos seres que son seres personales o, simplemente, personas.

¿Añade algo llamar «persona» a un ser de esas cualidades? ¿Qué agrega a su esencia humana? Más que algo le añade todo, como la vida al sonido (una vida aprisionada entre ritmos y cadencias y suavidad y armonía), que hace que ya no sea ruido sino deleitosa música. Le añade ser alguien único. Ser persona es realizar la esencia humana común como total novedad. Realmente hablar de hombres que no sean también personas es algo tan imposible como imaginar un monte sin laderas ni vertientes. Siempre que la esencia humana empieza a andar por la historia lo hace con un nuevo rostro de nunca vistos matices. Lo hace como un yo inaudito, como alguien irrepetible, no como un caso indistinto en cuyo pecho bulleran sentimientos de cualquiera, no los de su corazón. El ser del hombre y su esencia son cosas muy diferentes.

10. *Ibid.*, p. 14.



He ahí la diferencia interna, que se insinúa como el talle tras el ceñido ropaje en el uso del lenguaje. Spaemann lo expresa así: «Persona sería alguien que es lo que es de otro modo a como las demás cosas y seres son lo que son»<sup>11</sup> ¿Y cuál es ese otro modo? Daré respuesta en seguida a esta pregunta crucial, decisiva, terminante, sin la que la solución de nuestro problema queda, como los planes que traman los ánimos indecisos, perpetuamente a la espera. Pero aún conviene abundar en la diferencia interna que el hombre alberga en su ser. El hombre no sólo vive, como la cebra o el oso, cuya cima existencial es esa satisfacción del catálogo de instintos llamada supervivencia (un mero sobrevivir o saciedad incolora de los impulsos orgánicos), sino que además dirige y timonea su vida como el nauta el gobernalle de la nave, que entre brumas conduce hacia su destino. Eso le obliga a ejercer un raro desdoblamiento. La vida «se parte» en dos: en la vida que dirige y en la vida dirigida. Los demás seres del mundo, meros casos de su especie cuya ausencia no es vacío imposible de llenar (ni causan cuando se van desgarramiento de lágrimas), exclusivamente viven, y no pueden realizar esa excelsa esquizofrenia por la que el hombre se lleva a sí mismo de la mano andando por la existencia. El hombre es lo que es de una manera especial. «Evidentemente el hombre no es hombre del mismo modo a como el perro es perro, es decir, como caso inmediato de su concepto específico»<sup>12</sup>.

Esta manera especial, singular como las fechas que se dan sólo una vez, de ser lo que el hombre es, se percibe en la manera de usar el pronombre «yo». La referencia de «yo» es puramente numérica. «Yo» alude a quien dice yo al margen de cualidades, atributos, propiedades, ornamentos, prendas, dotes, méritos o carácter. Sean cuales sean los dones del que emplea la palabra, «yo» nombra al que la pronuncia. Autoidentificarse es un acto gratuito, como favor que derrama un corazón altruista, pues no exige como precio tener ciertas cualidades ni estar privado de ellas. «Lo que importa es que no definimos la identidad personal por sus rasgos cualitativos»<sup>13</sup>. Cuando digo «yo» no ignoro, pues cometería el dislate de imputar un yo a nadie, que *tengo* un determinado ser con sus luces y sus sombras, tal vez noble o tal vez vil, pero dispar y distinto del que tienen los demás. Sé que *tengo* un ser sin par que inmediatamente no soy. No ser el ser que se tiene es otra forma de hablar de la diferencia interna, y esa manera de ser, que nos distingue de todos los demás seres del mundo como una luz primordial de sus múltiples reflejos, es la que permite hablar del hombre como persona. «El hombre no es lo que es del mismo modo que las demás cosas con las que nos encontramos. Hablar de «personas» tiene algo que ver con este fenómeno»<sup>14</sup>.

11. *Ibid.*, p. 15.

12. *Ibid.*, p. 16.

13. *Ibid.*, p. 19.

14. *Ibid.*, p. 18.

La idea de metamorfosis, o atracción del avatar sobre el hombre y la cultura, que ha llevado a fabular preciosos cuentos de hadas y princesas encantadas, ilumina hermosamente, con ese estremecimiento que causa en el corazón una historia bien contada, la idea de diferencia interna. La literatura ofrece metamorfosis sin cuento. Por obra de encantamiento, la princesa de ojos negros y cabellos como el sol, que enloquecía sin remedio al que intentaba admirar el alba de su mirada, queda convertida en rana, hasta que el beso de un príncipe como amor indestructible que en los labios pone el alma, le haga recuperar la identidad extraviada. En el mundo de la fábula un hombre puede volverse jaguar, león, tigre o ciervo, e incluso un árbol inmóvil, que llama desesperado con aspaviento de ramas a alguien que venga a «salvarlo». Da igual en qué se conviertan en las fábulas los hombres. En toda metamorfosis permanece inalterable, como desnudez de un rostro desprovisto de disfraces, la identidad personal. El mundo de la ficción indica de forma estética que el ser del hombre es distinto de su aspecto y cualidades, que es lo que se reconquista (no el ser, que ese se tiene de manera duradera) con el desencantamiento. Ni la fábula ha osado, como pretenden hacer antropologías encizañadoras que siembran enemistad entre el hombre y la persona, identificar el ser que cada hombre tiene con su inventario de dotes, repertorio de atributos o elenco de cualidades.

En la fascinante historia de la palabra «persona» se percibe algún vestigio de la diferencia interna. Es una historia con algo de novela policiaca por la complicada trama, la intriga y el desenlace. Cuenta con tensión dramática las peripecias de un término, de la palabra «persona», desde su origen oscuro en el mundo del teatro hasta su etapa madura, época en que se convierte en palabra irremplazable, como una voz sin rodeos para nombrar lo esencial, con que expresar claramente el descubrimiento inmenso que supone la persona. Al principio con «persona» se designaba el papel del actor en el teatro. Era algo secundario frente a la naturaleza, o sea, al sujeto, lo realmente primario, que lo encarna o representa. Al final, con el interludio breve del antiguo estoicismo, un cambio de perspectiva, obra de la teología especulativa cristiana, invirtió esta relación. «Persona» dejó de ser algo de orden secundario, como afluente que se seca, y se convirtió en lo central: en el ser de cada cual, el ser que cada hombre tiene, que se relaciona con su naturaleza como con un rol.

Muchísimas formas hay de adentrarse en el recinto de la diferencia interna y vislumbrar su perfil, manifiesto y sigiloso como inundación de luz, que no impone su presencia al que no le abre los ojos. Todas pueden ayudarnos a descubrir a su modo, con asombro de sediento ante un súbito venero que la piedad de la tierra ha hecho brotar en las peñas, la distinción indudable, cuya singularidad convierte en rutina siempre igual, en melodía antes oída que guarda con la anterior un visible parentesco, lo más nuevo de este mundo. La justa luz de los soles se derramaría aburrida, en su eterno caldear como don de beatitud, sobre lo mismo de siempre si no existieran personas. Pero ya está bien de vueltas, que aun-

que sirvan como medio hacia el ansiado objetivo, jamás podrán reemplazarlo. Llegados a estas alturas, cuando ya se ha recorrido el camino que separa del recinto del tesoro, es preciso entrar en él y valorar bien sus fondos.

## 6

¿Qué es la diferencia interna? ¿En qué consiste ese rasgo, esa distancia de empeño en agotar lo posible, ese trecho siempre abierto entre el ser que el hombre es y el que está llamado a ser, ese intervalo que hace del hombre el ser exclusivo con una naturaleza que gestiona como un rol? ¿Qué es la diferencia interna que permite hablar de él como de un ser personal? Esa diferencia alude al reto que el hombre tiene de llegar a ser quien es. El hombre se halla en camino, como mendigo de rumbos, hacia infinitud de sitios, pero sobre todo sigue una senda hacia sí mismo. No es fácil en esta vida de travesía y singladura recorrerla totalmente. Lo normal es que haya trechos todavía por recorrer, pues la distancia de mí hasta la cima de mí es la más larga del mundo, más larga que la carrera de las estrellas fugaces en su errancia por el orbe, y por eso el hombre está continuamente en camino, continuamente creciendo. Justamente la distancia «entre lo que un ser vivo es “verdaderamente” y lo que es fácticamente»<sup>15</sup> es la diferencia interna. Todos los seres que tienden, que tienen inclinaciones y ambicionan ciertas cosas que pueden satisfacer, como el árbol en la selva con apetencia de soles, manifiestan a su modo cierta diferencia interna. Pero tan sólo en el hombre es algo constitutivo que lo distingue del resto de seres sobre la tierra. Ese es el sino del hombre, del que sólo él es consciente, como del mal y la vida, la bondad y la muerte (ya que sólo en él se escucha el eco de la verdad en medio del sueño yerto de la inconsciencia del orbe).

El dolor es buena prueba de la diferencia interna. «En el dolor, por ejemplo, los hombres pueden ver algo distinto del mero perjuicio para la vida. El rechazo y las estrategias para evitarlo no son sus únicas reacciones posibles. Pueden exponerse conscientemente al dolor, o pueden considerar la vida misma como condición del sufrimiento y negarla. Finalmente pueden, en una especie de “negación resuelta”, distanciarse de determinadas cualidades, deseos, impulsos»<sup>16</sup>. Que hay voliciones así se ve en el hecho sencillo de que podemos querer no querer lo que queremos, tener por vil un deseo y luchar por expulsarlo lejos de la voluntad, y, en general, adoptar una actitud y establecer relaciones con nuestros propios deseos, gustos, voliciones, sueños, intereses, ambiciones, apetitos y pasiones, bien para ovacionarlos, bien para rechazarlos. Hasta la ética atestigua la residencia en el hombre de una diferencia interna y su testimonio es digno de

15. *Ibid.*, p. 20.

16. *Ibid.*, p. 21.

enajenada atención, pues, como fiel pregonera de la realidad humana que habita en zonas profundas, manifiesta este hecho oculto: la moral es la manera de recorrer la existencia sin que el tiempo debilite. Y eso, que es difícil como andar con un peso cuesta arriba, sólo puede hacerlo el hombre. Ser moral requiere un arte (o un poder de extrañamiento denegado al animal) de alejarse de uno mismo, o adoptar eso que Plessner llama «posición excéntrica», y verse objetivamente, con los ojos de los otros, como si fuéramos otros. «Esta capacidad de autoobjetivación y, consecuentemente, de autorrelativización es lo que hace posible la moralidad»<sup>17</sup>. Esa autoobjetivación, que hace de mí un juez ecuánime hasta en mis propios asuntos, me libera del soborno de mis gratos intereses, haciéndome llevar la tarea de valorarlos como los de los demás y de intentar que en el mundo sople ese chorro de brisa, de brisa inocente y limpia como vaharadas de mar, que se suele llamar ética.

## 7

No es razonable dudar de la diferencia interna. Es tan tajante y tan clara que sin ella no se entiende (y tampoco son posibles) fenómenos tan humanos como el lenguaje y la ética. Ése es un signo del hombre, otro más entre los muchos que hacen de él algo especial, como sorpresa que altera la fuerza de la costumbre o voz que prorrumpe a gritos en el silencio del orbe, del que sólo él es consciente. La distancia que media entre el hombre y su naturaleza es la que autoriza a hablar de él como persona<sup>18</sup>.

Extraña pero palmariamente, como ver surcar el aire con agilidad de alondra la mole de un aeroplano, es la diferencia entre el ser del hombre y su naturaleza. Seguramente convenga mirar el mundo animal con ánimo ilustrativo, igual que en una metáfora uno busca el magisterio del alma de lo real, para comprender mejor la constitución humana. Un animal, como un astro, que da vueltas en su órbita por toda la eternidad sin preocuparse por ello (pues la sabia providencia se ha ocupado de guardar el orden del universo con las leyes naturales que las cosas obedecen sin oponer resistencia), es puntual cumplidor de las leyes de la especie. Un necio antropomorfismo corriente en nuestra cultura atribuye al animal, tal vez para compensar la manía devaluadora de aprovisionar al hombre de atributos animales, disposiciones humanas. Si, satisfecho en la jaula se tumba a dormir la siesta, se dice que está aburrido; si tiene húmedos los ojos, es porque lo han invadido ramalazos de tristeza (¿llorará al caer la tarde con los ocasos de pena?); si un terco investigador le enseña a reconocer cierto número de símbo-

17. *Ibid.*, p. 23.

18. «Und es ist nun umgekehrt gerade dieses System, es ist die Sprache, die in uns erst jene Differenz, jene Selbstdistanz entstehen lässt, aufgrund deren wir von Personen sprechen». *Ibid.*, p. 23.

los, se asegura que posee talento para el lenguaje (debe de faltarle poco para ser diestro prosista imaginador de párrafos con que expresar la emoción del latir del universo); si su conducta no es un azar disparatado, sino un curso razonable de comportamiento en regla, la razón es que dispone de chispas de inteligencia que, con el paso del tiempo, se cambiarán en hoguera con la que iluminarán las sombras que no ha auyentado ni aún el hombre. Incluso la libertad, las alas sin resistencia que otorgan soltura al alma, se ha considerado un rasgo peculiar del animal. Pues no. No hay libertad animal, y el vuelo como un triángulo de las aves migratorias en bandadas de canoas con los remos ondulados surcando la mar del cielo, que a la fantasía sugiere la idea de libertad redimida por la altura, es cumplir sin rechistar una orden del instinto que constriñe a emigrar hacia un lugar concreto en el momento preciso. La sujeción a las leyes y decretos de la especie se debe a que el animal es su naturaleza y no se distingue de ella. Por eso no «se desdobla» en sujeto, al que compete las funciones de gobierno, y naturaleza, que oye las órdenes y las sigue (o no hace caso de ellas).

En el hombre, ser de destino y razón ante cuyas llamaradas palidecen las estrellas, las cosas son de otro modo. El hombre es el ser que *tiene* su propia naturaleza. Con ella se relaciona como con sus pertenencias, la dirige hacia su fin, la gestiona como el amo gestiona su propiedad para acumularla, conservarla, o reducirla, la orienta como el auriga, que espolea o frena al caballo para ganar la carrera, la conduce, la gobierna. Su naturaleza es algo que el hombre tiene a su cargo, como el padre la enseñanza y educación de su hijo, con el encargo de hacer que dé de sí lo que pueda y se perfeccione y crezca en continuo escalamiento hacia alturas más pobladas de verdad y de belleza. «La mayoría de nuestras facultades —dice el nostálgico Proust—, están adormecidas porque descansan en la costumbre, que ya sabe lo que hay que hacer y no las necesita». Eso que Proust denomina nuestras facultades también se podría llamar nuestra peculiaridad o nuestra naturaleza, que, aunque puede estar dormida y languidecer de olvido como flor que no se riega, también puede despertar y granar igual que el trigo en una buena cosecha. Las dos cosas son posibles porque hay un ser que la tiene, «se trata» con ella y establece relaciones de entrañable dirección, como la de un lazarillo con el que padece ceguera, para que no se detenga, sino que puje, prospere, medre, se acreciente, crezca. Así es de especial el hombre. Y esa peculiaridad, única sobre la tierra, es la que permite decir de él que es persona, o sea, seres que tienen su naturaleza<sup>19</sup>.

Ante el hombre nos hallamos sobrecogidos de asombro. Por más vueltas que le demos, y a pesar del aspaviento de un prurito igualador que no quiere reconocer diferencias esenciales entre el animal y el hombre, el ser humano rebasa los patrones de medida con los que, mal que bien, conseguimos evaluar el se-

19. «...als Personen, also al Wesen, die sich zu ihrer jeweiligen qualitativen Besonderheit so verhalten, dass si si *haben*».

creto de las cosas, y humilla ese afán miope de explicar lo original como si fuera corriente: las miradas que confiesan heridas del corazón de las que vierte el instinto deseoso de la presa, el gesto de estrago y calma de una batalla interior del rostro fiero que acecha, una frágil voz dispuesta para el don de la palabra de otra que sirve de cauce a la anatomía del grito. En el hombre hay mil aspectos que no tienen parangón y se agitan y protestan, como torrentes enormes contra las cuencas pequeñas, cuando su ser singular se compara con otro cualquiera. Uno de los más fantásticos, más que el museo de sorpresas del cielo, el mar y la tierra, es la diferencia interna entre el ser que el hombre es y su naturaleza, o entre el ser y el tener.

## 8

¿Dónde se halla la persona? ¿Dónde hay que buscar su sede como sol que comunica su luz personal a todo? Sin duda alguna, en el ser. Tener es muy importante, muy profundo y muy humano. Es algo propio del hombre como la risa y el llanto. Uno puede poseer las cosas físicamente, en el pensar las ideas y profunda e íntimamente las virtudes y los hábitos. Spaemann dice, además, que el hombre es el ser que tiene su propia naturaleza. Sean cuales sean las maneras de tener, nada de lo que se tiene es una persona humana. La persona se derrama como un aroma que empapa por todas sus pertenencias, pero no es ninguna de ellas. Por eso el habla, los gestos, la mirada, el sentimiento, la manera de pensar, la libertad, el estilo, la conciencia, el temple, el temperamento, la legión de «propiedades» que el hombre puede tener, poseen ese aire común de ramas del mismo tronco que les da el ser personal. Sería una extraña locura de alterado por la luna decir que soy mi conciencia (u otra cualidad cualquiera de las muchas que me adornan). Mi ser personal, la persona que yo soy, no es ninguna pertenencia, sino el ser incomparable (como lo es toda persona) que las tiene todas ellas. Para ser persona humana sin una sombra de duda, como es hermosa la perla aunque no adornara nunca, no es preciso disfrutar de una esencia sin defectos. Aunque una naturaleza estuviera mutilada y careciera de prendas que otras tienen a lo grande, la persona que la tiene sería una persona humana. No afecta al ser personal, a ese ser de cada uno tan singular y distinto que no tiene sustituto y deja cuando sucumbe en triste orfandad al mundo, que la naturaleza que tiene sea fértil de cualidades como esas vegas feraces donde agarra fácilmente toda clase de cultivos, o esté carente de ellas, o de pocas o de muchas, y sea un racimo de ausencias donde falte la conciencia, la razón, la autonomía u otro atributo cualquiera. El ser personal no mengua por más que *tenga* muy poco, igual que no disminuye el parpadeo de estrellas sobre el silencio del cielo cuando el velo de las nubes nos impide contemplarlas. La persona es siempre rica (su riqueza no venal rebasa las magnitudes con que se miden las cosas) aunque sea pobre en tenencias. La persona sigue siendo la novedad en la historia con un lugar exclusivo en el gran

hogar del mundo, en la gran familia humana, aunque se halle desvalida, lisiada de cuerpo y alma y tenga una esencia trunca dolorida de indigencias. El ser personal no deja de ser un ser personal, tan digno, tan respetable, tan precioso y tan persona que tenga las prendas que tenga, igual que el surco de un río sigue trazado en el mapa aunque un severo estiaje le deje el cauce vacío, cuando su naturaleza, que tiene como un encargo que ha de hacer en la existencia, sea un muestrario de pobreza, un suspiro que se exhala, una súplica, una lágrima. Ojalá toda persona tuviera una esencia entera. Pero en la errancia en la tierra las personas somos frágiles como el cristal que se quiebra, y vicisitudes varias y el mismo paso del tiempo con su filuda guadaña rompen la naturaleza, dejando al ser que la tiene (o sea, a la persona humana) en situación de indigencia. Pero tenga lo que tenga seguirá siendo persona. Ésa es la alegre conclusión, como pregón invitando a una ecuménica fiesta, de la teoría práctica sobre la persona humana que ofrece Robert Spaemann: todos los hombres son personas.

9

Aquel hombre que habla solo y anda de aquí para allá con la mirada perdida a causa de una desgracia que no pudo soportar, el dolor, la enfermedad u otro trance de la vida, del que los niños se burlan y los mayores desprecian y da berridos de angustia que hacen retemblar su celda, es un loco sin remedio con la cabeza alienada. Su naturaleza enferma ha perdido la razón, ya no tiene inteligencia, pero es un ser personal, es una persona humana.

Aquel enfermo sin ánimo en el lecho del dolor para el que no hay esperanza, con el que no pueden nada ni la ciencia ni la técnica y con su silencio pide una mano entrelazada que le alivie y dé consuelo en la última jornada, tuvo en un tiempo pasado ingenio, penetración, libertad, autonomía (y dominaba el lenguaje como un creador de rimas), cualidades que ha perdido. A su naturaleza enferma a punto ya de expirar no le queda apenas nada de lo que antes tenía, lo ha perdido casi todo, pero es un ser personal, es una persona humana.

Aquel hombre aún no nacido a la existencia de fuera, que vive en un mundo amable, en ese mundo interino que es el vientre de la madre, creciendo continuamente como espiga que prospera hasta el día del gran preámbulo en que empezará a tejer su peculiar biografía, no tiene razón madura para descifrar enigmas, ni sentidos entrenados para distinguir matices de la pintura y la música, ni libertad como el vuelo ágil de la fantasía para tomar decisiones (aunque todo lo tendrá con el paso de los años si una mano sin escrúpulos no lo arroja de su mundo). Su tierna naturaleza como brote que se estrena está aún desprotegida, y tiene muy pocas prendas, pero es un ser personal, es una persona humana.

Aquel anciano al que un día los hombres llamaban sabio por sus atinados juicios, y fuerte por el poder de sus musculosos brazos como dos aspas de roble,

y libre porque rompía las cadenas que oprimieran su voz o la de los otros, hoy desvaría sin tino y actúa sin ton ni son, está débil y extenuado, para caminar precisa el apoyo de otra mano y está preso en la prisión que han ido haciendo los años con muros de enfermedad, de vejez y deterioro. Su naturaleza rota por el embate del tiempo es como un cuadro olvidado del que el polvo y la carcoma impedirían apreciar su original colorido. Nada tiene apenas ya de las pretéritas dotes (aunque eso no significa que su vida que declina sea vida indigna de vida que es preciso apuntillar con una inyección letal). Nada tiene apenas ya de aquellas dotes pretéritas que todos vitoreaban, pero es un ser personal, es una persona humana.

A otras cosas se podría privar de su identidad sin que nos temblara el pulso, aunque hiriéramos su esencia yendo contra su verdad, pero al ser del hombre no. Al hombre no es posible, ni a uno solo, arrebatarle a traición su condición de persona sin cometer el expolio más repugnante del mundo, el expolio de sí mismo que reduce al que lo sufre a una nada impersonal, pues no hay ninguna razón para decir que unos hombres son personas y otros no. Ésta es la gran enseñanza de la teoría práctica acerca de la persona que ofrece Robert Spaemann.